

LAS ESTRELLAS, LA NIEVE, EL FUEGO

VEINTICINCO AÑOS EN LA ALASKA SALVAJE

JOHN HAINES

TRADUCCIÓN DE CLARA MINISTRAL



VOLCANO

Título original: «THE STARS, THE SNOW, THE FIRE: TWENTY-FIVE YEARS IN THE ALASKA WILDERNESS».

© 1977, 1978, 1979, 1980, 1981, 1982, 1983, 1986, 1989, 2000 by John Haines.
Publicado por acuerdo con Graywolf Press a través de Casanovas & Lynch Literary Agency S.L. (Balmes, 209, 6-2. 08006 Barcelona. info@casanovaslynch.com).

© Graywolf Press. 250 Third Avenue North, Suite 600, MN 55401
Minneapolis, United States of America.

Primera edición en VOLCANO Libros: abril 2019

© de la traducción: Clara Ministral.

© de la presente edición: PÁPEL K Editorial S.L.

VOLCANO Libros
Ávila, 1- 1ªA. 28231 Las Rozas, Madrid (España)
www.volcanolibros.com

Diseño de colección: Javier García
Diseño gráfico: Mikel Escalera
Maquetación: Sandra Rodríguez

IBIC: BM
ISBN: 978-84-949934-0-4
Depósito Legal: M-3582-2019
Impreso en Kadmos. Compañía, 5, 37002 Salamanca (España)

La traducción se rige por el contrato tipo de ACE Traductores.

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato.

Este libro ha sido impreso en papel Natural de J. Vilaseca, un papel neutro de noventa gramos, sin colorantes y respetuoso con el medioambiente. El texto principal ha sido compaginado con la tipografía Adobe Caslon Pro en cuerpo 12.

ÍNDICE

Prefacio	11
Nieve	15
De cepos y trampas	19
Historias escuchadas	53
De entre las sombras	71
Quemar un puercoespín	87
Tres días	93
Primavera	125
Otros tiempos	133
Lobos	139
Desapariciones	145
El saco de huesos	151
Con paleta y mortero	161
Crepúsculo	171
La muerte es una alondra	183
Hielo	195

Con un hacha y una barrena	205
Sombras	229
Richardson: el sueño	245
Sobre el autor	249

Lo más «fidedigno» sobre la experiencia no es ahora lo que fue de hora en hora, ni es mi «recuerdo» bastante preciso de cómo fue de hora en hora por orden cronológico; sino más bien como surge en la rememoración, sin ningún orden, proyectando sus luces y asociaciones hacia adelante y atrás, sobre el entonces pasado y después futuro.

James Agee

Al vero lettore

PREFACIO

POR SÍ SOLA, LA CRONOLOGÍA rara vez es una guía apropiada de los acontecimientos de una vida, y en este caso lo es todavía menos. El periodo que pasé en el extremo septentrional del continente es al mismo tiempo mayor y menor de veinticinco años. Han transcurrido cuarenta y dos desde que me instalé en Richardson por primera vez, en el verano de 1947; entonces solo estuve allí hasta finales de agosto del año siguiente. El periodo más largo y de mayor actividad de los que pasé viviendo allí fue de apenas otra docena de años, desde 1954 hasta finales de los sesenta. A esto se puede añadir que en los últimos ocho años he vuelto a residir en Richardson, aunque con largas temporadas de ausencia. Lo que sugiere un subtítulo, por lo tanto, es como mucho una cifra simbólica que representa múltiples llegadas y partidas.

La propia redacción de estas páginas ha tenido lugar mucho después de los acontecimientos que en ellas se describen y, en su mayor parte, en otros sitios: California, Seattle, Montana y el norte de Inglaterra. Al revivir partes de la historia, parece que he recorrido toda una serie de periodos históricos, épocas geológicas y estados de ánimo, regresando

siempre a un origen, a un territorio que es a la vez concreto e ideal. Quizá, por lo tanto, en la misma medida en que trata sobre otros temas, este libro trata sobre el Tiempo: la noción del tiempo que tiene uno y el marco temporal en el que se producen ciertos acontecimientos. Ese viaje de entrada y salida en el tiempo no puede expresarse debidamente mediante ninguna cantidad de años del calendario. En el sentido con el que escribo, no existe el progreso, no existe un destino, pues la esencia de las cosas ya se ha conocido, al lugar verdadero se llegó hace mucho tiempo.

Más de un lector de estos ensayos y capítulos se ha referido al carácter onírico de muchos de los episodios descritos. Creo que siempre he sido consciente de que algunos acontecimientos se daban en una especie de *tiempo de los sueños*, en el antiguo sentido tribal de la expresión. Cuando en un momento de la narración digo que todo ocurrió «hace mucho, mucho tiempo», no es una mera figura retórica. Y es que, de alguna forma, aquellos días en el campo, aquellas caminatas con los perros sobre la nieve y la hierba, las largas jornadas de caza, la matanza de los animales y todo lo demás formaban parte de la experiencia más profunda del ser humano en este planeta. Si hay algo que siga siendo válido es esa experiencia. Sus energías pueden trasladarse a múltiples ámbitos y actividades, pero su esencia permanece constante y sigue siendo verdadera.

También es cierto que algunas experiencias, estados de ánimo y formas de vida no pueden recuperarse voluntariamente. Una vez que se ha dejado atrás, esa relación intuitiva con el mundo que compartíamos con los animales, con todo aquello que existe, rara vez regresa con todo su poder de

convicción. No puede ser reemplazada por la observación, por los estudios sobre el terreno, por muy perspicaces y exhaustivos que sean, ya que la experiencia no puede reducirse a abstracciones, fórmulas y explicaciones. La experiencia es repulsiva, huele a sangre y a carne muerta, está compuesta de miedo, peligro y placer en distinta proporción. En tanto en cuanto puede siquiera designarse con la palabra «experiencia» y no con alguna otra denominación olvidada, exige una entrega a la que pocos estamos dispuestos hoy en día. Aun así, en la claridad e intensidad fugaz de un encuentro con la naturaleza, en el acto de amar y, puesto que lo que nos ocupa es un libro, en la rememoración y el relato de unos cuantos episodios esenciales, se pueden recuperar algunos momentos clave de esa experiencia. De ellos depende el único principio vital sin el cual ninguna clase de arte, ninguna claridad espiritual, ninguna relación auténtica con el mundo es posible.

John Haines, febrero de 1989

NIEVE

PARA EL QUE VIVE EN la nieve y la observa día tras día, es un libro que leer. El viento pasa las hojas; los personajes varían y las imágenes que forman sus combinaciones cambian de significado, pero el lenguaje sigue siendo el mismo. Es un lenguaje de sombras, hablado por cosas que han pasado por aquí y volverán a pasar. El mismo texto lleva miles de años ahí escrito aunque yo no haya estado aquí, ni vaya a estar en futuros inviernos, para leerlo. Esos caminos que parecen casuales, esos senderos, esos lechos, esas huellas, esas duras bolas regurgitadas sobre la nieve: todos ellos tienen significado. Lo escrito en ella puede ser funesto; crónicas de las vidas de otros, de sus salidas y excursiones, sus miedos y sus muertes. Las diminutas patas de una musaraña o un ratón de campo dejan un rastro corto y errático en la nieve; aquí hay un agujero en el que se adentra el animal. Hacia la misma madriguera se dirigen ahora las huellas de un armiño, veloz y escrutador, y también él se introduce en esa sombra blanca.

El trote de un glotón, con los dedos hacia dentro, cuyo rastro seguí cuesta arriba durante más de tres kilómetros una mañana de primavera, hasta que acabó descendiendo

abruptamente hacia otra cuenca y renuncié a seguirlo. Quería ver adónde iba y qué hacía. Pero él siguió avanzando, seguro de su rumbo, y a mí no me quedó otra cosa que ver que las huellas de aquel trotar decidido y constante sobre la dura superficie de la nieve y el fuerte brillo del sol en los ojos.

Delante de mí, la nieve cruza volando la carretera por la que camino: pequeños regueros temblorosos que se ven arrastrados, como un grupo de gente dispersándose. La gente de la nieve. ¿Adónde van? Debe de perseguirlos algún inmenso peligro. Se apresuran y caen; con un empujón del viento, vuelven a levantarse y prosiguen su camino.

Iba caminando a casa desde Redmond Creek una mañana de finales de enero. En una divisoria de aguas me topé con el escenario de una batalla entre un alce y tres lobos. La historia estaba escrita claramente en la nieve a mis pies. Los lobos habían venido del oeste, siguiendo un viejo sendero desde el río Salcha, y habían encontrado al alce comiendo en un tramo despejado del camino lleno de maleza por el que ahora caminaba yo.

Los rastros eran recientes; debía de haber ocurrido la noche anterior. La nieve estaba levantada y salpicada de ramas rotas y trozos de musgo congelado; aquí y allá se veían restos de pelo de alce. En la nieve pisoteada, un revoltijo de huellas: las potentes pezuñas de las patas separadas del alce, las grandes almohadillas afelpadas y las uñas extendidas de los lobos.

Seguí adelante, observando la nieve. El alce iba solo y era grande, casi con total seguridad un macho. Hubo un punto en el que se desplazó hacia atrás y se arrimó a una pequeña pendiente cubierta de maleza para protegerse las ancas. Los lobos se apartaron de él: esas pezuñas son peligrosas. El alce se volvió, recorrió unos cincuenta metros a paso ligero y la

pelea se reanudó. Pelearon a trompicones sin dejar de correr, a lo largo de casi ochocientos metros de terreno cambiante y lleno de surcos, mientras de las colinas llegaba la luz roja del sol matutino que brillaba a poca altura en el sur. Un patrón variable y errático; los lobos aflojaban, retrocedían hacia la maleza describiendo un amplio círculo y después volvían a acercarse: otro mechón de pelo de alce en la nieve pisoteada.

Me pareció que sabía de qué lobos se trataba. Había visto su rastro varias veces aquel invierno y en una ocasión se habían llevado una marta de una de mis trampas. Me parecía que eran una hembra y dos cachorros casi adultos. Si era así, quizá la madre estuviera enseñándoles a cazar y toda esa barahúnda en la nieve fuera el solemne juego de quienes tienen que matar para vivir. Pero esa mañana no vi rastros de sangre y daba la impresión de que el alce había salido vencedor. Al final de la pelea, se metió entre los tupidos alisos y se alejó. Vi cómo sus huellas, que ahora avanzaban más despacio, subían por un collado de poca altura y se dirigían hacia el norte por la capa poco profunda de nieve intacta. Los tres lobos se encaminaron a buen paso hacia el este, en dirección a Banner Creek.

Lo que podría haber sido silencio, una página en blanco, una ausencia, me habló con tanta claridad como si hubiera estado allí para presenciarlo. Me he imaginado a un hombre, el investigador con más frío del mundo, siguiendo todas las pistas en la nieve y escribiendo un libro sobre sus hallazgos. Sería la historia de la nieve, el libro del invierno. Un texto de mil años que leerá un pueblo que cace en estas colinas en una época muy lejana. ¿Quién estuvo aquí y quién ya no está? ¿Cuáles eran sus nombres? ¿Qué mataban y comían? ¿A quién dejaron atrás?